

En MARCHA. Montevideo, Año 26, n° 1268, agosto 20 de 1965, pp. 6 y 10.
De Carlos Real de Azúa

Batlle y Estados Unidos

Estimado Dr. Quijano:

En su editorial de MARCHA, en que bajo el título "Botellas al mar" se comentan las interesantes publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Humanidades, hace Vd. referencia a algunos asertos del doctor Eugenio Petit Muñoz. Son los que obran en las págs. VII - VIII de la introducción al espléndido trabajo de Juan A. Oddone, "Una perspectiva europea del Uruguay". Allí, contra el contenido del informe de Alberto de Marsanich — veraz, como hoy resulta sin equívocos — sostiene el Dr. Petit Muñoz, tras una sumaria confrontación de diarios montevidianos, que nunca solicitó Batlle la intervención de la marinería norteamericana durante su primera presidencia. Vd. mismo recuerda que, junto con Ismael Cortinas, intentó hace treinta años indagar en el nebuloso episodio. O digamos, en un episodio nebuloso hasta la aparición del "José Batlle y Ordóñez of Uruguay: the creator of his times", del historiador Milton L. Vanger (Cambridge University Press, Harvard, Massachussets, 1963). En él (páginas 152-153) establece Vanger en forma fehaciente la historia de la tan cuestionada tentativa de intervención, según se halla documentada en los archivos públicos de los Estados Unidos ("Diplomatic dispatches", vol. 17, y "Notes from Foreign missions: Uruguay", vol. 2). Según esa versión, nuestro ministro en los Estados Unidos, Eduardo Acevedo Díaz, solicitó al Secretario de Estado, John Hay, en nota del 4 de agosto de 1904, una entrevista personal con el presidente Teodoro Roosevelt. El encuentro tuvo lugar poco tiempo después, y aunque ningún protocolo se estableció de lo conversado, por anotaciones personales del mismo Hay se sabe que la solicitud del gobierno uruguayo fue rechazada. Se trataba de traer una división naval estadounidense al Río de la Plata para compeler a la Argentina del presidente General Roca a la observancia de una neutralidad que Batlle consideraba violada, y sistemáticamente violada, en favor de la revolución saravista. Y todavía agrega Vanger (insospechable de antibatlismo) que pese al primer desahucio, en el mismo mes de agosto, y por intermedio del ministro de Relaciones Exteriores Dr. José Romeu (otro calepino), Batlle solicitó del ministro de los Estados Unidos en el Uruguay, William Rufus King, la presencia de un barco norteamericano que por su escaso calado fuera capaz de patrullar las aguas del Río Uruguay. Siempre según Vanger, Estados Unidos denegó la solicitud, argumentando no poseer una nave de este tipo. Con todo, no resulta para él totalmente independiente de este trámite la sorpresiva aparición de cuatro navíos de guerra estadounidenses en el puerto de Montevideo, el 23 de setiembre de 1904, esto es, ya concluida la guerra civil.

No debe existir constancia de tales gestiones en los archivos de nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores: en el revuelo posterior que ellas causaron algún rastro se habría hallado. Pero, de cualquier manera, estos son los hechos, perfectamente documentados en un libro que algunos uruguayos han leído y que, como "Eudeba" lo editará próximamente en español, podrá llegar a más manos.

Los hechos decía, y los hechos desnudos, claro está, no lo fallan todo. Queda al criterio histórico, al calibrar circunstancias de tiempo y de lugar, el dictamen definitivo. El Río de la Plata no era el Caribe, “mar interior” de esa “seguridad” yanqui que hoy cubre todo el globo terráqueo y es el comodín de todos los atropellos, pero resultaba entonces, todavía, noción relativamente modesta. De esos hechos, también, surge la certidumbre de que Batlle faltó a la verdad cuando, diez años después, lo negó todo. No es una comprobación placentera respecto a quien tan altos méritos poseyó. Pero en el caso del político mayor la mentira no puede resultar — resultar solo — de una confrontación entre el decir y los hechos. Cuando Batlle dijo no en 1914, acababa de ocurrir el ominoso bombardeo norteamericano de Veracruz y es probable que en su no muy despierta sensibilidad latinoamericana se haya abierto camino la significación tremenda de la intervención que había tratado de provocar. Es probable que en ese momento algo le haya importado más en el escenario internacional que obtener buena nota por parte de las “naciones adelantadas”.

Todo esto sirve para poner las cosas en su sitio. Cada época tiene sus especiales cegueras para el sagrado deber de defender lo propio, con uñas y dientes; el vasallaje, como el héroe de Campbell, tiene también mil caras. Hoy mismo, con mucha mayor lucidez de los peligros que nos acechan, Presidente del Consejo y Canciller van y vienen — maleta lista, séquito corto, corazón ligero —, entre Buenos Aires y Río de Janeiro. Cambiando a Inglaterra por los Estados Unidos, los tiempos de la Convención Preliminar de 1828 han vuelto y la Argentina y el Brasil, casi tan arruinadas como nosotros, envilecidas por el gorilismo, velan con ternura, entre plácemes y gratitudes, por el presente uruguayo.

A propósito de la tentativa intervencionista de Batlle, yo mismo hice algunas consideraciones sobre ella en la segunda de tres largas notas que dediqué al libro de Vanger en MARCHA de 1963 (Nros. 1155-1157). Nadie tiene la obligación de leer los artículos de un semanario y, menos, de recordarlos. Pero como lo que en ese punto importaba era la revelación concluyente de un libro asequible y fundamental, no deja de ser penoso que la dirección del único instituto especializado que la Universidad prohija, falle el asunto en forma tan tajante, ignorando un aporte tanto más decisivo que los decires de un entrevero periodístico.

Carlos Real de Azúa

Nota de la Dirección. — Tuvimos en nuestras manos, las presuntas copias de los telegramas cambiados entre la Cancillería y nuestro ministro en Estados Unidos, Eduardo Acevedo Díaz. Nos las entregó, como ya dijimos, Ismael Cortinas. Quisimos comprobar la autenticidad de esas copias; pero el acceso a los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores — si no estamos equivocados era entonces ministro Juan Carlos Blanco — nos fue vedado. La investigación quedó entonces detenida.

Respecto a los testimonios de Vanger, creemos que lo mejor es transcribirlos íntegramente. Al leerlos con cuidado se observa que no es Vanger el que pone fin al

nebuloso episodio, como dice Real de Azúa. Ni Vanger, ni los archivos diplomáticos de Estados Unidos consultados por el autor que en algún caso nada dicen y en otro no mucho.

La explicación, hay que reconocerlo, fue dada por el propio Batlle en el artículo escrito desde su lecho del Hospital y aparecido una semana antes de su muerte en "El Día", el 11 de octubre de 1929, y del cual artículo, como se verá, el propio Vanger transcribe un párrafo esencial que, por desgracia, nos vemos obligados a retraducir del inglés. Damos a continuación el texto y las notas correspondientes de Vanger (José Batlle y Ordoñez of Uruguay - The creator of his times - Harvard University Press - 1963).

(Páginas 152 y 153). "Quienquiera tuviese ojos podía ver el gran embarque de armas que el Directorio de Guerra tenía preparado en Concordia, Argentina, sobre el río Uruguay: un embarque que el mencionado directorio enviaría a través del río no bien Saravia llegara para recibirlo. Batlle supo, además, de una batería de seis cañones Krupp que el arsenal de Buenos Aires había cedido para ser embarcada con destino a los revolucionarios. (30) Una complicidad tan transparente solo podía significar una cosa: que el presidente argentino Roca apoyaba a la revolución.

Batlle tenía un recurso a adoptar. El 2 de agosto Acevedo Díaz, embajador uruguayo en Washington, pidió al secretario de estado John Hay una audiencia privada de inmediato con el presidente Theodore Roosevelt, "acerca de un punto importante que no admite demora". (31) Roosevelt se entrevistó con Acevedo Díaz y lo dirigió a Hay. No está registrado lo que ocurrió en la conferencia Acevedo Díaz-Hay. Años después explicó Batlle:

"...al embajador uruguayo en los Estados Unidos se le indicó que comunicara al gobierno de ese país que el nuestro vería con placer la presencia, en el Plata, de buques norteamericanos, así como la influencia que pudiera ejercer en esta región, para que los países de la misma observaran la neutralidad a que estaban obligados." (32)

El secretario de estado Hay señaló, respecto a esa entrevista con Acevedo Díaz: "No hice lugar a sus requerimientos". (33) Estados Unidos no deseaba intervenir entre Uruguay y Argentina.

(Página 156). La presencia norteamericana podía hacer que la Argentina estuviera menos dispuesta a permitir futuros embarques de armas para Saravia. El 23 de agosto, a pedido del ministro uruguayo de Relaciones Exteriores, Romeu, el embajador norteamericano Finch comunicó a Washington:

"La confiada revolución uruguayana no habría durado dos meses sin la ayuda de las repúblicas vecinas, y sería aplastada en un mes si esa colaboración fuera suspendida. Uruguay no pide ni espera ayuda. Sus recursos le bastan. No se prevén negociaciones de paz. La influencia moral de los Estados Unidos, expresada o mostrada de alguna manera, alcanzaría el objetivo, según cree el presidente, de detener la ayuda ulterior de los países limítrofes a los insurrectos. Un buque de

poco calado podría hacer una gira amistosa de observación sin ofender a nadie.”
(42)

Alvey Adeo pasó el despacho al secretario de estado Hay, con la siguiente anotación:

“Recordando la visita del embajador uruguayo, le envío la presente. La Armada me comunica que no hay ningún buque, de tipo alguno, en un punto más cercano que el cabo de Buena Esperanza, pero que algunas naves estarán en la costa del Atlántico Sur cerca del 3 de setiembre”.

Hay respondió: “No hice lugar a los requerimientos. Pero si un buque pudiera echar ahí un vistazo, en algún momento, no estaría mal.” (43)

(30) [...] 1921; “La revolución uruguayo”, La Nación (Buenos Aires), 4 de agosto de 1904.

(31) Acevedo Díaz a John Hay, 2 de agosto, 1904, Notes from Foreign Missions, Uruguay, Vol. 2, National Archives. El original está en español.

(32) “Sucesos internacionales de 1904”, El Día, 11 de octubre de 1929. Este artículo, escrito por Batlle en el hospital donde había de morir, relaciona la solicitud con un caso de asilo, el de Pampillón, una disputa más claramente uruguayo-argentina que los embarques nacionalistas de armas. En aquella oportunidad, y desde entonces, se acusó a Batlle de haber ofrecido a los Estados Unidos una estación carbonera a cambio de su intervención, o los derechos uruguayos a la isla Martín García, en el Plata, en trueque por tres cañoneras. Batlle negó categóricamente ambas acusaciones, al ser formuladas éstas en “Sucesos uruguayos”, La Nación (Buenos Aires), 4 de setiembre de 1904.

(33) J. H. (John Hay) a Alvey Adeo, sin fecha, en respuesta a un comunicado de Adeo fechado el 24 de agosto de 1904. Diplomatic Dispatches, Uruguay, Vol. 17, National Archives.

(42) Finch al Departamento, 23 de agosto de 1904. Diplomatic Dispatches, Uruguay, Vol. 17, National Archives.

(43) A. A. A. a Hay, 24 de agosto de 1904. Diplomatic Dispatches, Uruguay, Vol. [...].